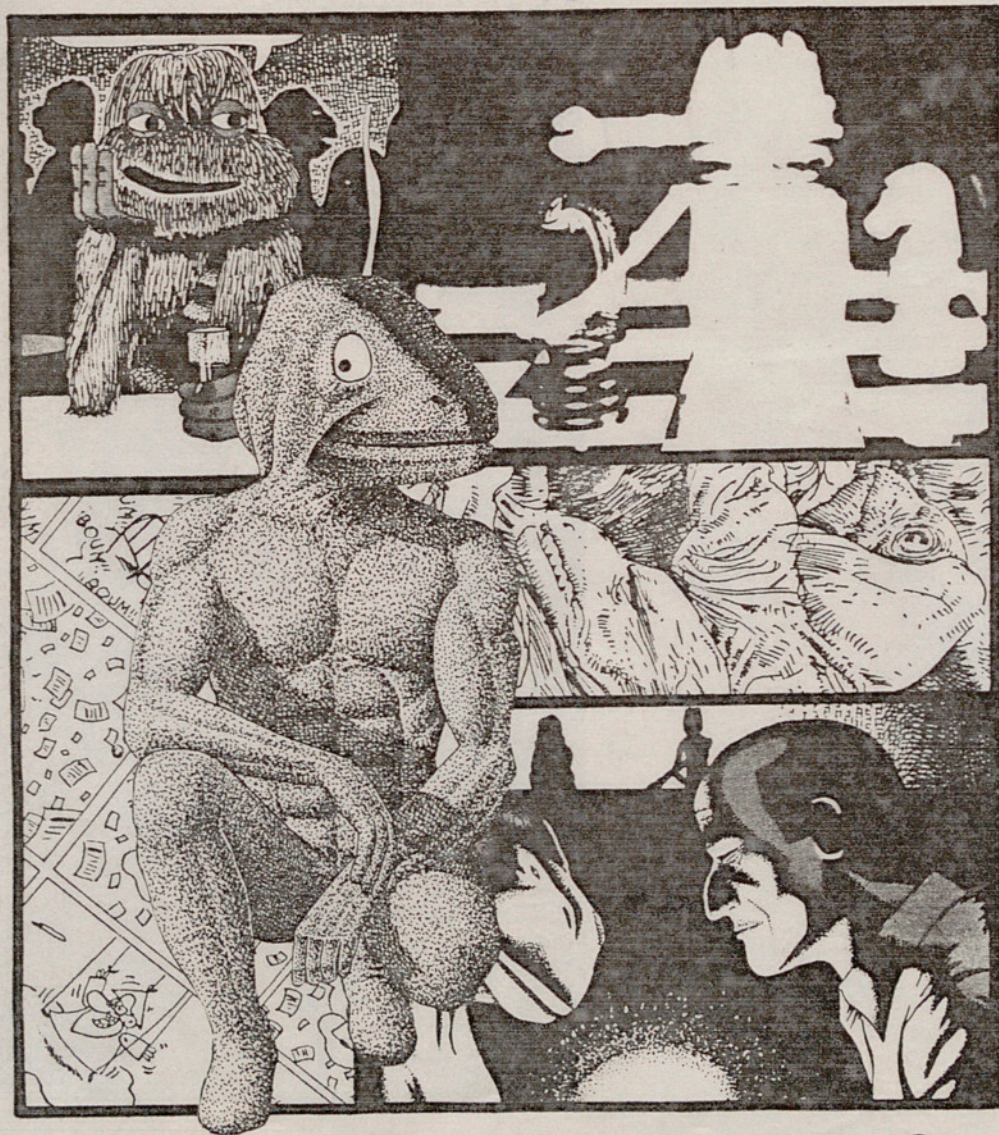


EL DIA DE LOS TERRIBLES TREBOLES MUTANTES



ENERO 1985 N°1 75 PELAS

EL DIA DE LOS TERRIBLES TREBOLES MUTANTES

FANZINE DE HISTORIETAS,
RELATOS Y OTROS BREBAJES

Colaboradores:

Alberto Calvo
Francis Gerard de Utah
Daniel G. Oset
Abella
Dave Bowman
Profesor Abronsius
Alejandro Manzanares
Vera
manel Llobet (?)

Redacción:

A. Abella
Daniel Gómez

Maqueta:

Airfix

Depósito legal:

No, gracias, no estamos
para ir regalando destos.

Imprime:

El impresor.

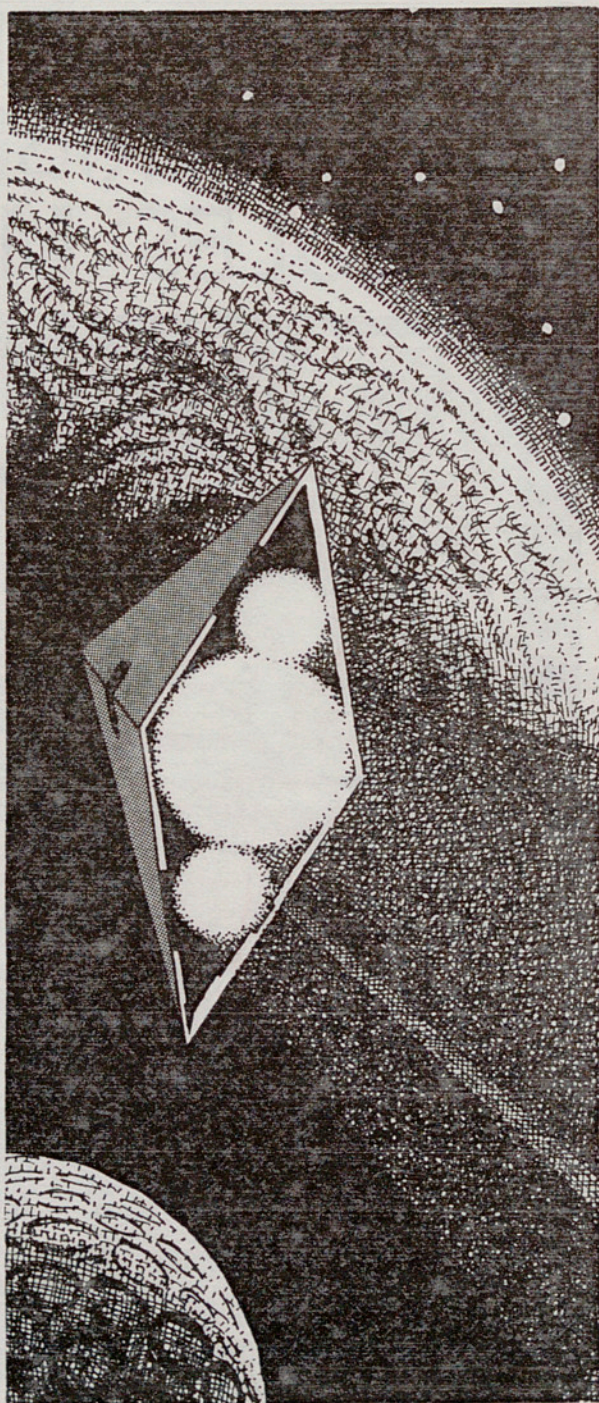
Edita:

STAR BLUSF Ltd.

Pedidos, suscripciones y cola- boraciones a:

Antoni Abella
Nàpols, 192. Atic, 1^a.
08013 BARCELONA

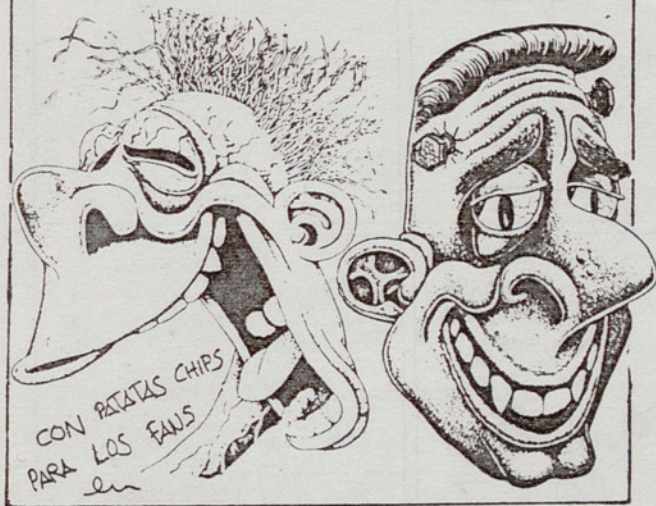
Suscripción anual (4 núme-
ros): 250 pts.



THE EDITOR VOICE

EL ABELLA

EL GÓMEZ



EL DIA DE LOS TERRIBLES TREBOLES MUTANTES

- 4 MOISSE, EL HEBREO
Alberto Calvo



- 6 MEMORABILIA
Francis Gerard de Utah

- 7 BAHIA PALMERAS
Daniel G. Oset

- 12 TRONTERIA DEUX: BG 337
Abella



- 16 T.M.A. 3
Dave Bowman

- 17 EL BAILE DE LOS FANZINES
Profesor Abronsius

- 18 ODISEA 2
Alejandro Manzanares

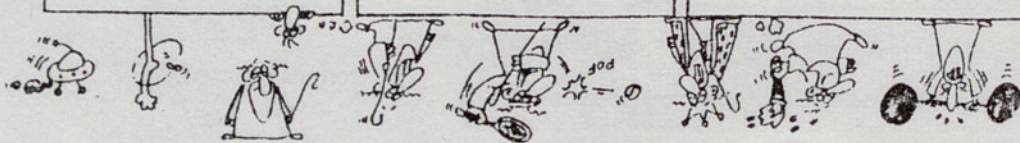
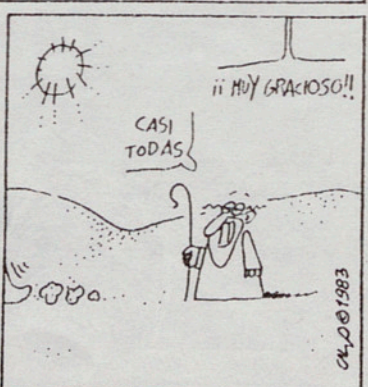
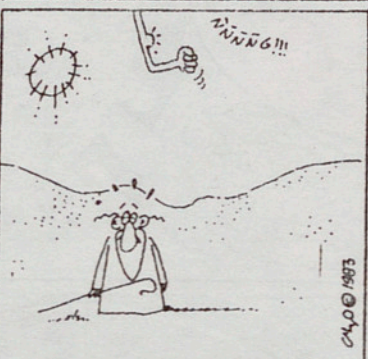
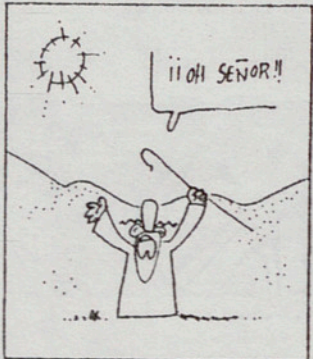
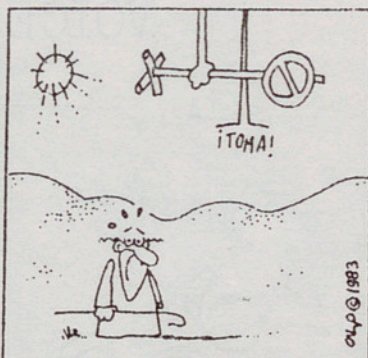
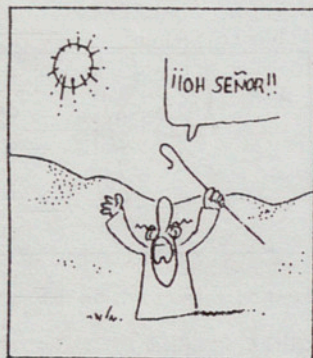


- 31 EL PRIMER JINETE DEL
EUCALIPTUS
Vera

- 32 CONTRAPORTADA
Calvo y (?)

MOISSE

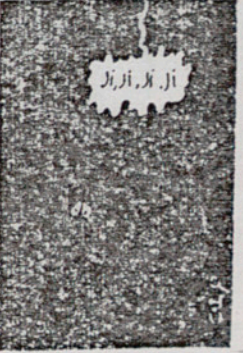
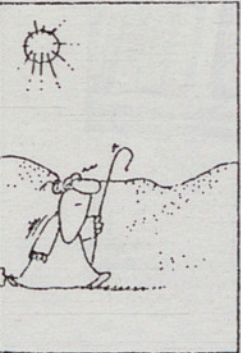
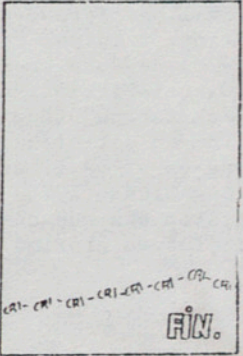
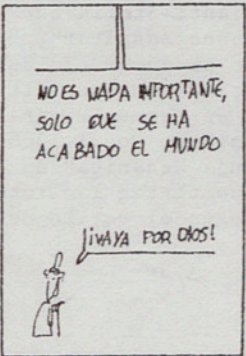
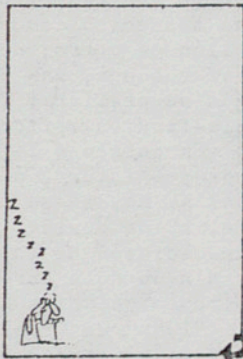
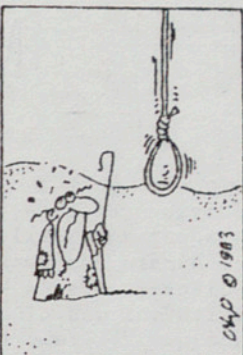
al estilo de *W* ^{SO DKE}



CLP © 1983

CLP © 1983

CLP © 1983



MEMORABILIA

Edicions de 1984, va a sacar a la calle el número dos de su colección "Tems Maleïts": ni más ni menos que "El taló de ferro", en castellano traducido como el talón de acero, de

Jack London, una de las más famosas novelas distópicas, o antiutópicas (según se prefiera. Temps Maleïts no es, debo aclarar, una colección de ciencia-ficción o ficción especulativa (como dice papá Heinlein).

En cuanto a la novela, es una de las más antiguas proyecciones proféticas del futuro, posterior sólo a "Cuando el durmiente despierta", de H.G. Wells. Más tarde nos encontramos con el "Nosotros" de Zamiatin, "Un mundo feliz" de Huxley (En la feria del libro de ocasión es posible encontrar una edición de lujo, encuadernada en simil-piel rojo, con filigrana dorada y sin un sólo error tipográfico, de Grandes Clásicos Contemporáneos, del Círculo de Amigos de la Historia, por el increíble precio de 150 pesetas).

"1984", de Orwell, lo encontrareis en DestinoLibro, de Ediciones Destino, que ha editado casi toda su obra en esta colección (no os perdais esa maravillosa farsa, en clave de tragedia, anti-Stalin que es Rebelión en la Granja (Animal Farm, 1945). "Todos sobre Zanzibar" (Stand on Zanzibar, 1968) de John Brunner, Hugo del 69, es el número 36 de la colección Acervo-Cienci-Ficción. "Limbo", de Gene Wolfe, editado por Ultramar. "Incordie a Jack Barron" (Bug Jack Barron, 1969), de Norman Spinrad, el nº 6 de Acervo. "¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!" (Make Room! Make Room!, 1966), de Harry Harrison, que es el nº 17 de Acervo-CF. "La Naranja Mecánica" de Burgess, y "King Kong Blues (1975) de Sam J. Lundwall completan la lista de grandes novelas distópicas que describen, cada cual según el estilo de su autor, la mierda de futuro próximo que nos espera.



Spanish



BAHÍA PALMERAS

Daniel G. Oset

Sinceramente no estaba muy contento. Un brazo y dos costillas rotas, los labios abiertos, la nariz desviada y los dientes repartidos por toda la ciudad eran suficiente motivo como para no tener ánimo de contar chistes.

Llegué al hospital gracias a un alma caritativa que decidió gastar una moneda llamando a una ambulancia para que recogiera mis restos de entre la basura de aquel pestilente callejón de paredes pintarrajeadas. Mi mente fue trayendo poco a poco los recuerdos de aquella espectacular paliza que me dieron. Recordé los primeros puños, patadas y rodillazos cayeron sobre mí; tres tipos grandiosos y gigantescos que me arrinconaron en el callejón al que me llevaron después de una larga persecución. La amplia sonrisa de aquel que parecía el más gorila. En esos momentos uno desea desaparecer, hacerse humo. Sabía lo que iba a pasar y tomé la iniciativa. Le golpeé con todas mis fuerzas, destrozándome los nudillos contra su férrea mandíbula. A partir de allí la fiesta se convirtió en un terremoto, un enorme rascacielos de de un centenar de pisos se derrumbó, piedra a piedra, tonelada a tonelada sobre mí.

Las sábanas eran blancas, la comida asquerosa y repugnante y las enfermeras no se diferenciaban mucho de la comida. Las enfermeras de atractiva figura, labios rojos y ojos devastadores sólo aparecían en las películas de guerra.

Estuve tumbado en aquella preciosa cama, sin otro placer que mirar a través de la ventana como una señora de grandes dimensiones regaba sus macetas día y noche, durante todo un largo mes.

Y cuando por fin me levanté y me miré en el espejo del lavabo me sentí desgraciado. Mi cabeza no era más

que una patata deforme y arrugada de ojos marrones, llena de cicatrices demasiado visibles; mi nariz no era sino otra patata más pequeña, y el granito que desde pequeño tuve en la punta de ella ahora señalaba hacia la izquierda. Sin duda me habían hecho una cara nueva. Tenía miedo de salir así a la calle, miedo de que la gente se asustara al verme. Aquel no era yo, me habían cambiado por otro. Hubiera llorado si recordase como hacerlo, me sentía acabado, arrojado a la más oscura y profunda cloaca.

-Muchacho, -me dije mientras me observaba en el cruel espejo con ojos enrojecidos- esto no puede que dar así.

Había pasado todo un largo mes pero, mirándome en el espejo volví a sentir náuseas de aquella escena, náuseas de aquel tipo, náuseas de mí mismo. Me las pagarían, vaya si me las pagarían, todas juntas y con creces. Me sentí impotente, deshecho y los brotes de furia llegaron a mi cerebro como aceite hirviendo.

-¡Maldito bastardel!

Mario "el guapo" era el propietario de un lujoso night club situado en las afueras de la ciudad, un lugar denominado Bahía Palmeras. Sus millones no habían podido impedir que me fijara en aquella maravillosa mujer de negros cabellos y curvas asesinas. Ni tan siquiera que ella se fijase en mí. Pero Mario "el guapo" era celoso, y un celoso con dinero es un enemigo muy peligroso. Sus matones realizaron un buen trabajo. Si no me revolvía acabaría mis días emborrachándome en una sucia taberna, durmiendo en las aceras y recorriendo la ciudad, viendo como mi vida me era ya nada, una vulgar mosca atrapada en las redes de la gran jaula de hormigón. Me sentía como si nada hubiese en el interior de mi cuerpo, como si me hubieran sacado todos los kilos de tripas, extraído todos mis órganos y justamente en el centro de mi cuerpo hubieran puesto una bolita de plomo para que me diese cuenta del

espacio vacío que quedaba en mí.

Me vestí con las ropas con las que llegué. Habían sido lavadas y en ellas ya no quedaban restos ni de basura ni de sangre. De nuevo iba a volver a la civilización, a hundirme entre todas las hormigas que circulaban por las grises aceras. Dinero y documentación estaba todavía en mis bolsillos. Los matones que Mario contrató sólo trataron de divertirse un poco golpeando mi cuerpo. Angelitos.

Entré en un estanco y comé tabaco. El primer cigarrillo me hizo toser, mis pulmones se habían olvidado todo un mes de lo que era aquella niebla azulada. Sin embargo me hizo sentir bien. Un corte de pelo y un afeitado mejoraron, sino mi imagen, mi estado de ánimo. Recordé donde había dejado el coche, tomé un taxi y le di la dirección del lugar donde por última vez aparqué mi vehículo. Empezaba a pensar después de un mes de no haberlo hecho, mis células grises estaban todavía un poco oxidadas.

Pagué al taxista y subí a mi coche. El motor estaba frío, muy frío, y costó de arrancar. Tal vez no reconociese a su propio dueño. Volví a asustarme al verme en el retrovisor. Traté de acostumbrarme a mi nueva imagen pensé que sólo podría reirme o llorar de mi mismo. Intenté lo primero y cuando vi mi sonrisa desdentada me di cuenta que habría sido mejor romper a lágrimas como una monja.

El negro gusanillo del odio empezó a roerme el cerebro.

Me dirigí a mi apartamento, volvía a ser un hombre de ciudad. Cuando llegué, la portera no pareció reconocerme.

-Buenos días, señora Matilde -le dije intentando sonreír, logrando tan solo hacer una mueca horrenda-.

La grandiosa portera abrió ojos y boca, y su mirada me escrutó tras sus obstáculos antitanque. No había duda de que me había reconocido.

-Dios santo, qué le ha pasado?

No contesté. Subí las escaleras hasta llegar a mi puerta. Entré en el apartamento y me serví un largo trago de ginebra. Pedí hora a mi dentista; ni tan siquiera podía silbar, el aire escapaba por las rendijas y agujeros de mi dentadura deshecha.

La ginebra quemó mi cuerpo. Mis labios parecieron pegarse y sentí que necesitaba otro trago. Llené el vaso, volví a vaciarlo y lo volví de nuevo a llenar. El alcohol recorrió mis venas hasta que noté que la sangre de mi cabeza empezaba a bullir. Tumbado sobre el sofá, mis párpados se cerraron. Volvía a ser el de antes.

La resaca me hizo ver la ciudad más gris de lo que en realidad era. A veces me gustaría ver cavando mi propia tumba y sentir el frío final de la muerte cerca de mí. A veces pienso que es mejor pudrirse en el ataúd que seguir pudriéndome entre tanta basura. La vida no era color rosa para mí, al menos mientras siguiera contemplando mi rostro, pensando en Laura y viendo la sonrisa cínica de Mario "el guapo".

Pasaron unos días desde que me dieron el alta en el hospital. Mi dentista había hecho un trabajo perfecto, mi dentadura había sido completamente restaurada. Caninos e incisivos tenían un brillo nacarado, artificial. Los buñuelos de mi pómulo derecho y frente habían sido difuminados gracias a la estética. Tan solo alguna pequeña marca de mi cara tardaría en desaparecer varios meses. Ya me parecía más a mí, a pesar de la ligera inclinación de mi nariz.

En una callejuela colindante a las Ramblas, en la que polvo blanco y radiocassettes robados pasaban de mano en mano, había un pequeño bar de alterne para marineros. Las bombillas que colgaban del techo proyectaban sombras alargadas en las descoloridas paredes; el ambiente sucio y pegajoso en el que se confundían el amor de

unos minutos y el alcohol barato.

Entré en él. Una fofa mujer de grasientas carnes y manos robustas me sonrió tras su quebradiza capa de maquillaje. No tendría ella la culpa de estar allí, pero casi me hizo vomitar. Encendí un cigarro mientras me aproximaba al dueño. Pedí una cerveza y las manos sucias de aquel tipo abrieron una botella. Le miré a los ojos.

-Estoy buscando algo, -un billete verde estaba entre mis dedos, mis ojos clavados en los suyos- un pequeño aparatito de esos que hacen bang bang. Tal vez sepa donde puedo encontrarlo.

Doblé la hoja de lechuga entre mis dedos y la hice oscilar ante sus ojos. Pareció notar su aroma.

-Hay un moro a dos calles de aquí que tal vez sepa algo. Se llama Hassan, sí, él podrá decirle alguna cosa.

Dejé el billete y pagué la cerveza, a pesar que no la probé. El dueño del bar me vió marchar mientras se guardaba el billete. La fofa mujer del primer taburete intentó una mirada que incitase al pecado. Puede que con los borrachos o los marineros le sirviera pero no conmigo.

El marroquí vivía en un piso enano y sucio, parecía una madriguera de ratas. Unas escaleras desconchadas y sin luz me llevaron al segundo piso. Golbé con los nudillos en la puerta y esperé. Una penumbra pesada me envolvía, el aire olía a humedad. Escuché sonidos en el interior del cubil, me sentí desprotegido. No me gustaban las relaciones con aquel tipo de gentuza; sonrientes por fuera y deseando aplastarte la cabeza a tu menor descuido. Pero debía conseguir un arma. Mario "el guapo" había herido mi orgullo y mis sentimientos y necesitaba poner las cosas en su sitio. Y mi orgullo podía hacerme luchar obstinadamente, aunque fuera por causas perdidas, hasta el fin.

Una cara tostada de ancha nariz y ojillos crueles me miró a través de la rendija de la puerta. Una cadena impedía el paso al interior.

-¿Qué busca? -su voz sonó potente.

-Necesito conseguir un arma. Me han dicho que usted podría decirme algo, tal vez pueda conseguírmela.

El marroquí me miró con ojos desconfiados. No dijo nada y no dije nada y un gran silencio nos ahogó. Noté como si un sapo azulado se paseara por mi espalda, me sentía intranquilo. -Pero yo no tenía aspecto de policía.

-Esta bien, pase.

Sacó la cadena de su garfio y me abrió la puerta. La habitación era sencillamente repugnante. Olía a demonios. Botellas vacías, basura, montones de papeles y revistas pornográficas, latas de sardinas, una cama y un lavabo tan limpio como el lavabo de una pocilga. El moro se sentó en la cama se sábanas amarillentas y rasgadas, juntó sus manos, me miró y abrió la boca en forma de sonrisa. Pensé que había gente a la que no le importaría vivir en un cubo de basura.

-¿Cuánto puede pagar?

-¿Qué puedes ofrecer?

Me sonrió de nuevo y dos grandes hileras de dientes aparecieron tras sus carnosos labios. Se levantó y entró en el lavabo, cerrando la puerta tras de sí. Yo encendí un cigarro; necesitaba tener algo en las manos. El tiempo en aquel lugar se hacía muy largo.

El aire era casi irrespirable; esa combinación de sudor y alcohol, de humo y polvo acumulados durante meses, típica de hombres ermitaños que viven igual o con menos higiene que los ocelotes.

Pasó un largo minuto y el moro salió del lavabo trayendo consigo una bolsa de plástico. Me miró y volvió a sonreír. Parecía estar seguro de sí mismo. Extendió el contenido de la bolsa sobre las pringosas sábanas. Material de primera. Observé las pistolas y revólveres que tenía. La ma-

yoría eran fabricación nacional, en perfecto estado, brillantes y limpias. Todas estaban descargadas. Me decidí por un Astra 357 Magnum para rinoce-
rontes. Comprobé sus piezas. Habría sido robada a algún guardia jurado o tal vez a un comerciante precavido.

-¿Cuánto? -pregunté-.

-Cien -abarcó en su rostro la sonrisa comercial. Sus ojos brillaron, con eso tendría para varias do-
sis-.

Regateé como un gitano hasta que conseguí el arma por sesenta mil. Era lo que llevaba encima, lo que ha-
bía sacado del banco por la mañana para esos pacíficos fines. Tomé el revolver y él cogió los billetes. No me gustó su sonrisa. Todos los moros, aunque algunos fuesen buenas perso-
nas, me olían mal. Y aquel olía a escarabajo podrido. Guardé el arma en uno de los bolsillos de mi americana. Mis sentidos estaban alerta. Mis ojos, impacientes, buscaban un mínimo movimiento del moro para hacer saltar todos mis nervios. Estaba preparado para la pelea. Pero no pasó nada. Me abrió la puerta y la cerró mientras yo guardaba el revólver entre camisa y pantalón. Debía pasar inadvertido. Antes de salir a la calle me paré en la entrada y encendí un cigarrillo. Ya podía de nuevo respirar. Aspiré profundamente el humo y eché una ojeada al exterior. Entonces escuché rápidos sonidos de pisadas de donde había venido, alguien bajaba corriendo del piso de arriba. Me escondí en el rincón del fondo de la portería, junto a montones de papeles. La oscuridad me ayudó a volverme invisible. A mi lado, una rata se movió.

Un par de tipos oscuros bajaban corriendo por las escaleras. Las palabras que pude entender de entre los jadeos de sus respiraciones me tenían a mí como protagonista. Dos moros me buscaban. Lo comprendí todo. Te venden el arma y luego te la roban, no era un mal negocio. El mal-
dito moro llamado Hasrat sabía lo que se hacía. Sonreí.

En uno de los pequeños bazares de los alrededores encontré munición. Compré varias cajitas y las guardé en mis bolsillos. Supositorios de plomo, alimento para el revólver. En una oscura portería cargué el arma, metí seis balas en la cámara. Cuando volví a guardarlo me di cuenta que en la oscuridad, a unos tres metros de mí y en el suelo, dormía un borra-
cho envuelto en una harapienta gaba-
rina azul. Un borracho pacífico como la mayoría de borrachos. Le lancé un saludo pero no inmuté su sueño alcoholidado.

Dos moracos me andarían buscando como si fuera una seta. Querían redondear el negocio, burlarse de mí. El arma me ayudó a decidir el camino. Volví a la escalera donde vivía Hasrat y subí los peldaños de dos en dos hasta llegar a su piso. Yo no era racista, pero aquel moro pensaba demasiado para ser un moro.

Golpeé la puerta con los nudillos y esperé mientras levantaba el percutor del revólver. Escuché el sonido de la puerta al abrirse hasta el límite que permitía la cadena. Los ojos del moro se convirtieron en platos de cerámica italiana. Mi dedo índice se tensó. La bala atravesó la puerta y sacó estómago y Hasrat cayó como un sa-
co de legumbres al suelo sucio. Me asomé por la ranura de la puerta y contemplé como la sangre teñía el suelo en rojo. Salí rápidamente de allí, el revólver era bueno pero muy es-
truendoso.

Sonaban pausadamente, melancólicamente incluso, los Tabajaras en el hilo musical. Serían las diez de la noche. Una ducha me hizo sentir como nuevo; me afeité cuidadosamente hasta dejar mis mejillas como las de un recién nacido. Me puse mi mejor traje, gris, camisa blanca y corbata. Parecía un tipo elegante. Bahía Palmeras me esperaba.

Desmonté pieza a pieza el revólver. Limpié y engrasé sus mecanismos, lo volví a montar y coloqué de nuevo sus relucientes balas. Me sentía feliz

con mi nuevo juguete, como un mocoso de sonrosados mofletes chupando una enorme ciruleta.

Me serví un trago, me puse la americana y salí del piso. Por la Diagonal pasó un camión de cerdos, gordos y rebosantes, dejando un olor fuerte y agrio. Aquellos bichitos pasados unas semanas no serían más que jamones y chorizos. Tal vez fuera aquello un mal presagio.

Subí a mi coche y lo puse en marcha. Me introduje en el tráfico urbano. Mientras fumaba y esperaba que un semáforo me diera el verde me fijé en la ocupante de un Fiesta amarillo; una deliciosa rubia de ojos acorados me había sonreído. Mujeres como aquella eran especialistas en hacer olvidar unos problemas para que apareciesen otros. Pensé que sería mejor dejar para otro día lo de Bahía Palmeras. Pero una fugaz mirada a mi retrovisor me hizo recordar la desviación de mi nariz.

Bahía Palmeras era sinceramente un lugar maravilloso, el escenario ideal para las parejas de enamorados, el mejor puerto para tipos solitarios.

Un gran lago artificial rodeado de palmeras e iluminado tenuemente estaba situado a un lado de la lujosa entrada a la sala. El aire parecía a la vez más cálido y más fresco, un ambiente único. Un pequeño trozo de Hawái en las afueras de Barcelona.

Dejé mi coche en el parking subterráneo, al lado de un Porsche. No me hizo mucha gracia, el coche parecía menos coche.

Coloqué un cigarro en mis labios y las manos en los bolsillos. El revólver estaba completamente tapado, nadie podría percatarse de existencia. Sentí una extraña sensación de ansiedad. Iba a entrar donde habían quedado estancados mis recuerdos.

El tipo de la puerta me miró con una amable sonrisa. A su lado, fumando, estaba uno de los gorilas que hizo buuelos con mi cuerpo; no pareció reconocermelo pero yo sí lo recordé a él. Todos los gorilas tienen memoria

de mosquito.

-Buenas noche, señor...

Le sonreí. En un principio quedé perplejo pero me devolvió la sonrisa; uno de esos tipos raros, pensaría.

Entré en el gran salón sin sacarme la americana y caminé hasta llegar a la barra del bar. Pedí un combinado. El ambiente era afrodisíaco; olía a dinero.

En el escenario, seis músicos envueltos en americanas color huevo tocaban suavemente melódicas canciones. El negro tocaba maravillosamente el saxo. Los bongos conferían a la música ese toque cálido, incitante. Bajo la luz principal, una bella mujer de voz sensual y atrayente se ondulaba en aquella romántica pieza. Laura no había cambiado nada. Seguía siendo el centro del espectáculo, cuando ella salía todas las luces me nos una bajaban en intensidad.

Sus ojos grises no me habían descubierto todavía. Recordé el sabor de sus labios, los momentos que estuvimos juntos. Quizá aquello no fuesen más que recuerdos, dulces recuerdos pero simplemente recuerdos.

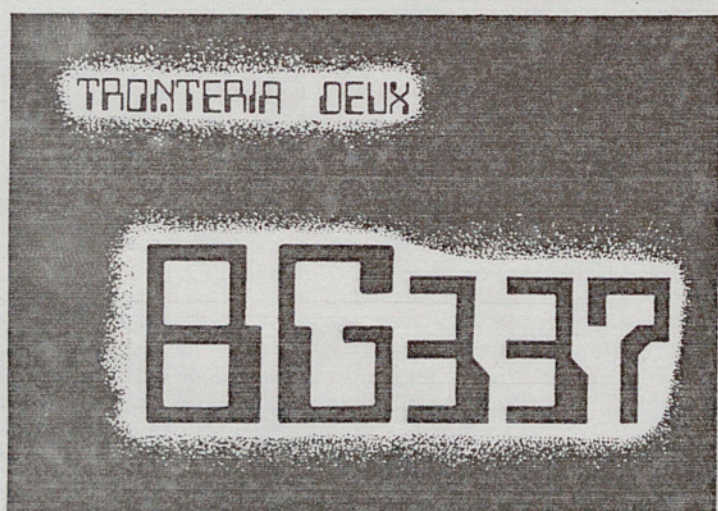
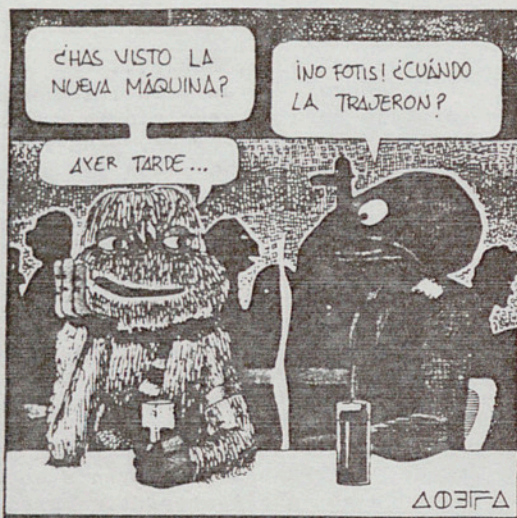
Volví a sentir un pinchazo de odio hacia aquel gusarapo sarnoso.

Al fondo del salón, al lado de los amplios ventanales, parejas de enamorados jóvenes y enamorados viejos cenaban sobre finos manteles y cubiertos de plata. El lago brillaba azul. El champán les iluminaba las sonrisas, las luces ténues de las velas daban un tono íntimo.

Frente al escenario, unas parejas bailaban apretadas, girando como tiovivos, meciéndose con la música. No costaba mucho enamorarse en Bahía Palmeras.

Como un susurro, Laura dejó de cantar. La música cesó. Los aplausos surgieron del salón, las manos se golpeaban unas con otras como gallos de pelea. Y la orquesta siguió sonando.

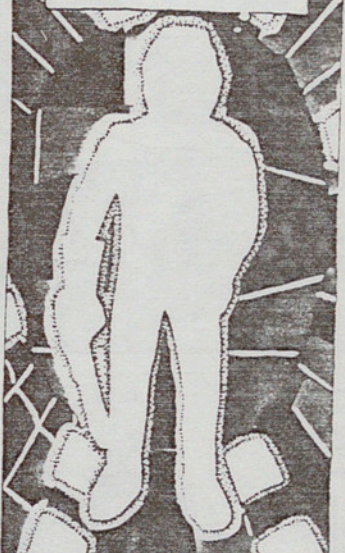
Laura me había gustado desde un principio, su voz, su figura, sus labios. Ella se acercó a la barra. Su porte elegante y su manera de cim-



¡OH, SÍELOS, QUE HORROR! REGISTRO RACIAL ESTANDARIZADO PARA LOS JUGADORES NO HU MANOS ...



Y ADEMÁS, ESTÁ MALA IMITACIÓN DE LAGARTERAWO VENUSINO NO SE ME PARECE NI DE LEJOS.



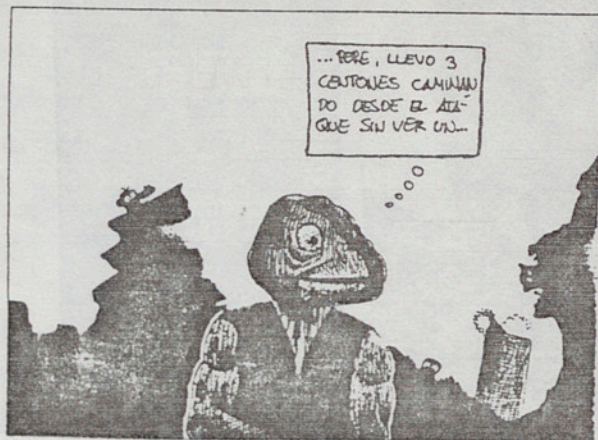
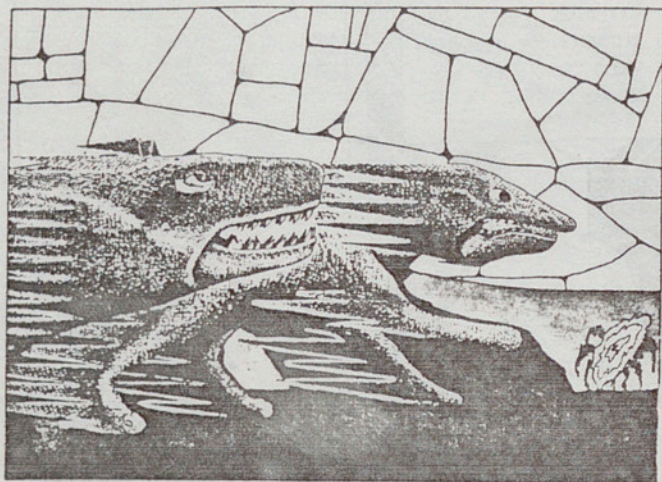
AUNQUE HAY QUE ADMITIR QUE LOS FONDOS SON PORTABLES ...



TBR!!!

TWEET

KLIK



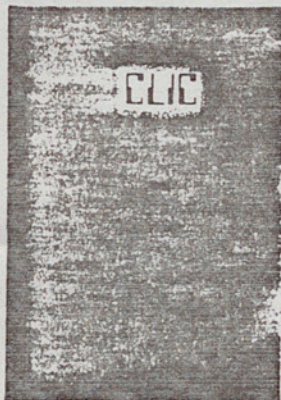
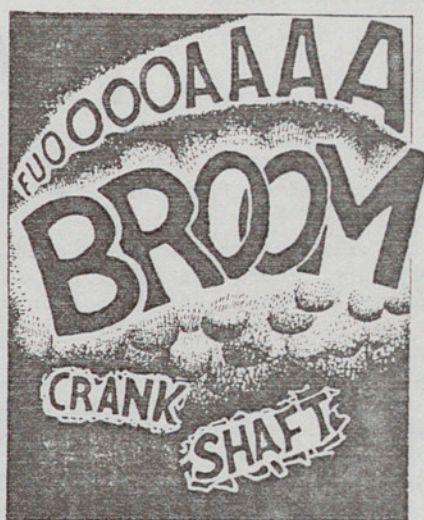


POW
POW
¡UN ROTATABLES
VOLADORUS ROSA!
¡UNA CHORRADA!

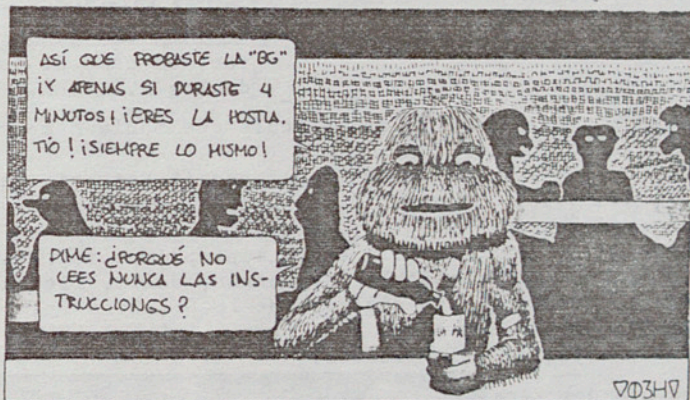


L'ESPICÉ EL POLICULO
GRANTADERIO : LA
HOSTIA QUE SE VA
A PE...

¡OH, NO, N...!



CLIC



ASÍ QUE PROBASTE LA "BG"
¡Y APENAS SI DURASTE 4
MINUTOS! ¡ERES LA HOSTIA,
TÍO! ¡SIEMPRE LO MISMO!

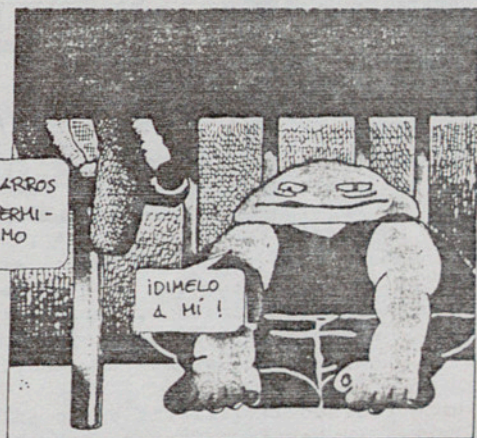
DIME: ¿PORQUÉ NO
LEES NUNCA LAS INS-
TRUCCIONES?

VD3H7



SI LO HUBIESES HECHAD, HABRIAS
VISTO QUE LA 337 ES UNO
DE ESOS TRASOS HIPERREALIS-
TAS... (¿TE PUDO UN ZRUSPA?)

Y EN ESOS CACHARROS
NO TE PUEDES PERMI-
TIR EL MÁS MÍNIMO
DESCUIDO.



¡DIMELO
A MÍ!

T.M.A. 3

DUNE (o como se convierte una buena novela en una película para niños).

En principio debía haber sido Alejandro Jodorovski (El Topo, La Montaña Sagrada), uno de los creadores del movimiento pánico, quien diriguiera la versión fílmica de la obra herbertiana, para lo que contaba con la colaboración de gente como Moebius, Foss y... Dalí (?).

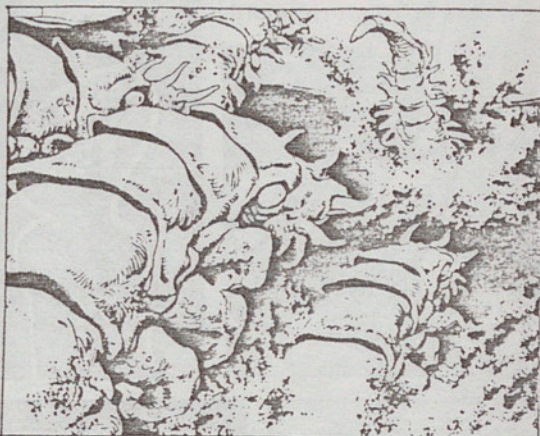
Pero, como bien es sabido por todos, los que ponían la pasta no lo tenían claro del todo y de Laurentis aprovechó para hacerse con los derechos, y darle la patada a Jodorovski.

De este modo, y, como muy bien dijo el Fuenteamor en ND, los aficionados nos quedamos sin la película que podía haber sido la digna sucesora de "2001".

De Laurentis encargó el guión al propio Herbert, pero finalmente fue David Lynch quien lo escribió y dirigió (recordad "Eraserhead", "el Hombre Elefante"). Rodada en Mejiro, con 20.000 extras y una burrada de miles de millones invertidos, el film es la superproducción del año (léase película para niños, superespectacular, sensurrún, dolby, lucasiana). Por algo llaman al productor, en los círculos de la SF, Dino Dolarentis. Aunque puede que ni siquiera él sea capaz de cargarse totalmente la epopeya arrakiana. De todos modos, no te la pierdas.

Después del vera no llegará "2010, odisea dos", la ver sión fílmica de la secuela de 2001 que Clarke juró y perjuró que no escribiría. Pero money is money... que se le va a hacer. Por lo menos no la podrán convertir en una peli para niños (por que la historia no se presta a ello). En el film, el espectador encontrará la respuesta a los "enigmas metafísicos" que planteó la obra de Kubrick, en algunos casos de forma poco convincente. Pero es ciencia-ficción adulta, y después de años de sagas galácticas, dos películas que narran historias decentes, en un sólo año, son de agradecer. Graciaaaaas. (Mu güeno lo de Hal cuando el gran pedo, ja, ja, ja).

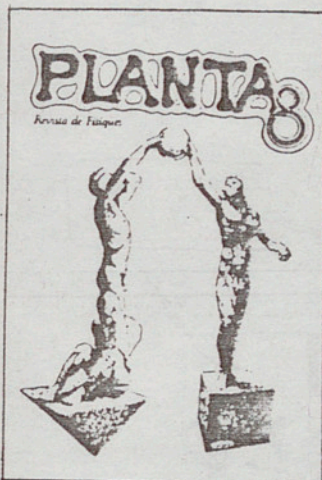
Se está rodando !!!!EL fin de la infancia!!!!, con guión del mismísimo papá Clarke, la hostia, diseños de Moebius y dirección de Richar Fleischer.



Veremos como se las apañan los señores de los E.E. con los hacedores...



LEGA DE LOS FANZINES



El amigo Alejandro nos pasó un ejemplar de Planta 8, Revista de Físiques, que llevan los chicos de la Facultad de Física y Química. Tamaño folio, bastantes páginas, muy bien encuadernado, papel satinado y una fotocopia, creo que es fotocopia, muy decente (sería de agradecer que cambiasen la cartulina naranja de la cubierta por otra de más calidad, eso sí). 100 piasstras.

Artículos sobre los Nobel de Física, divulgación científica, problemática interna de la facultad y desventuras del equipo de futbol de la misma. Una sección literaria escuálida, con algunos relatos que dejan entrever algún atisbo de calidad. Algo de crítica cinematográfica y chistes locales.

Absolutamente prescindible, excepto para los primizos del lugar, como el amigo Alejandro, juas, y forofos de la ciencia, que mejor harán comprando Ibérica, Ciència, Investigación y Ciencia y demás

hierbas que pululan por ahí.

"EL DIA DE LOS TERRIBLES TREBOLES MUTANTES"- Nº 1. Formato 15'75 X 21'5 cm., 32 páginas, fotocopia, 75 miserables pelass. El título, un tanto raro, es cosa de nuestro fan de Wyndham, como habrán notado los aficionados a la SF. Historietas, de estilos muy diferentes, humor gráfico, alguna que otra ilustración, tres secciones fijas, y un relato pretendidamente negro. Se puede mejorar y se mejorará.

Estamos a la espera de suscripciones, colaboraciones, sugerencias, donativos económicos. Necesitamos historietas, relatos, críticas y comentarios, noticias, lo que sea, pero pronto.

"LOGIA URBANA"- ¿Qué pasa con vuestro apartado de correos: el ejemplar que os envié me lo devolvieron. Si esto cae en manos de alguno de vosotros, masones empedernidos, escribidme, a ver que pasa...

Se está formando un colectivo para la creación de efectos especiales, tanto visuales como sonoros, todo aquel al que le interese el asunto, puede dirigirse a la dirección del fanzine. Necesitamos gente que sepa de: dibujos animados, modelismo, pirotecnia, video, cibernética, diseño industrial, etc... (Trumbulls abstenerse).

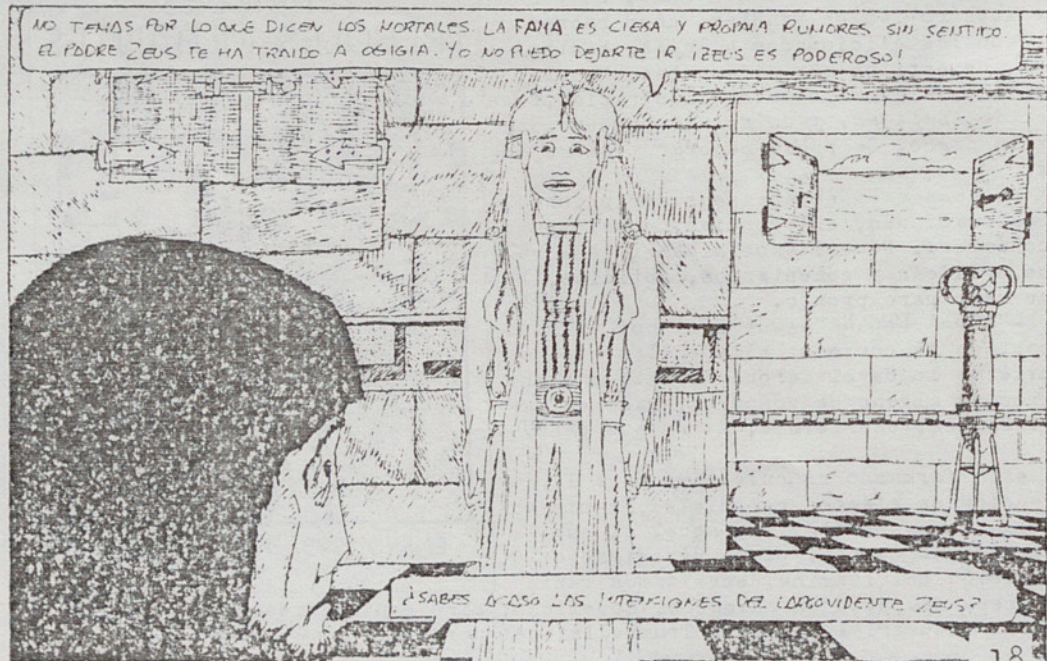
EL DIA DE LOS TERRIBLES TREBOLES MUTANTES



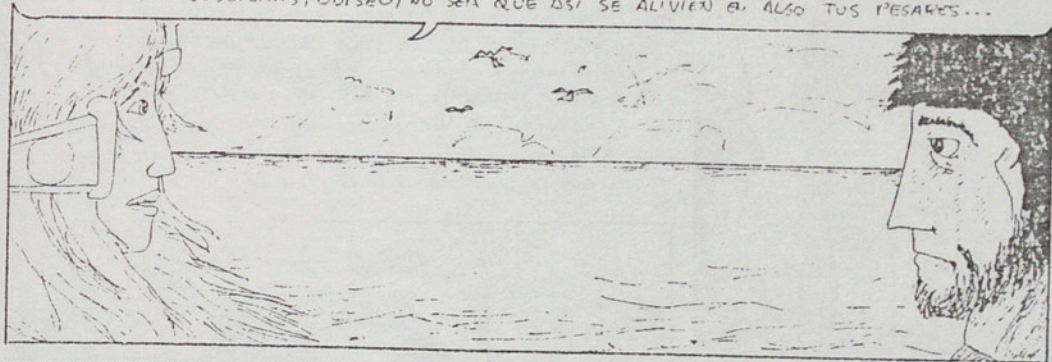
ENERO 1985 Nº1 50 PELAS

* Dr. Liberman

ΘΑΥΤΕΡΕΑ 2

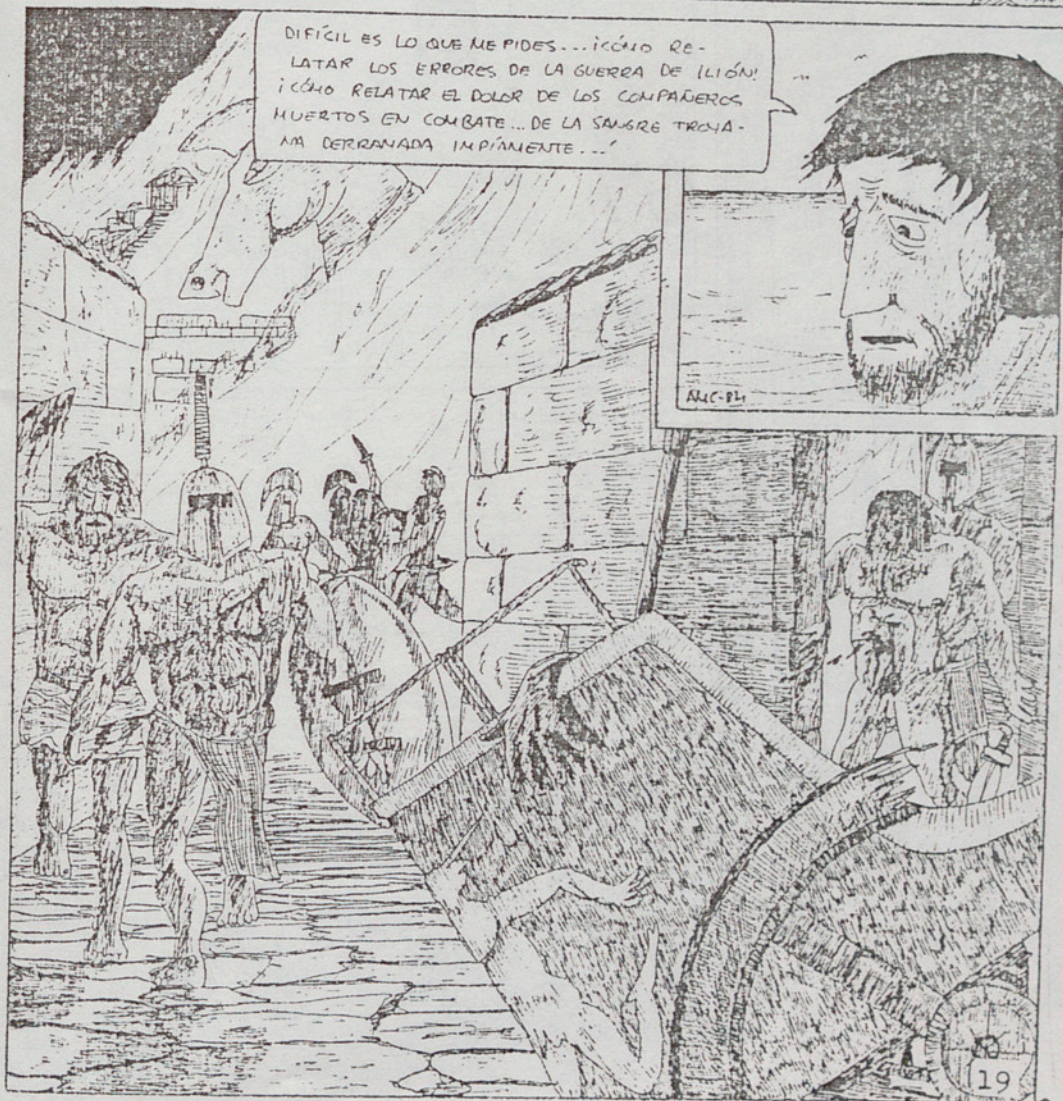


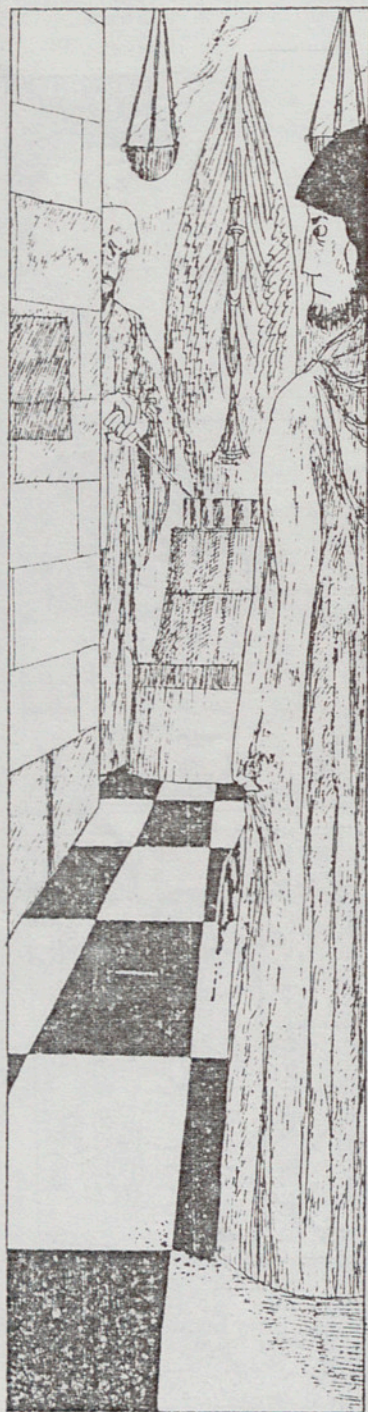
NO, NO CONOZCO LO QUE ZEUS CRÓNIDA PIENSA... PERO SI SE QUIERE ERRES CUÉNTAME AHORA TUS DESDICHAS, ODISEO, NO SEA QUE ASÍ SE ALIVIE EN ALGO TUS PESARES...



DIFÍCIL ES LO QUE ME PIDES... ¡CÓMO RELATAR LOS ERRORES DE LA GUERRA DE ILIÓN! ¡CÓMO RELATAR EL DOLOR DE LOS COMPAÑEROS MUERTOS EN COMBATE... DE LA SANGRE TROCIANA DERRAMADA IMPÍAMENTE...!

ALC-PL



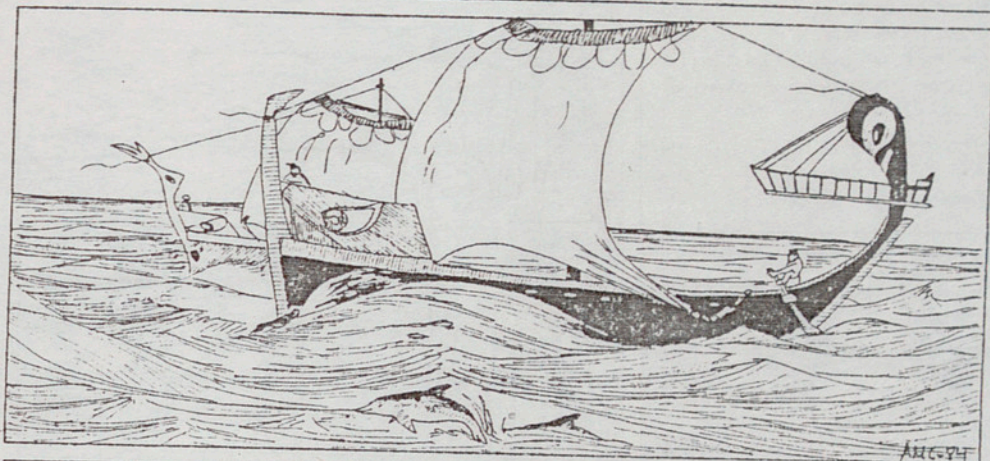


"¡CÓMO CONTARTE LO QUE SIENTO! ¡SÓLO CLÍO INSIGRE
MUSA, SABÍA! ¡AÚN MELPÓMEVE, PUES TRAGEDIA ES!...

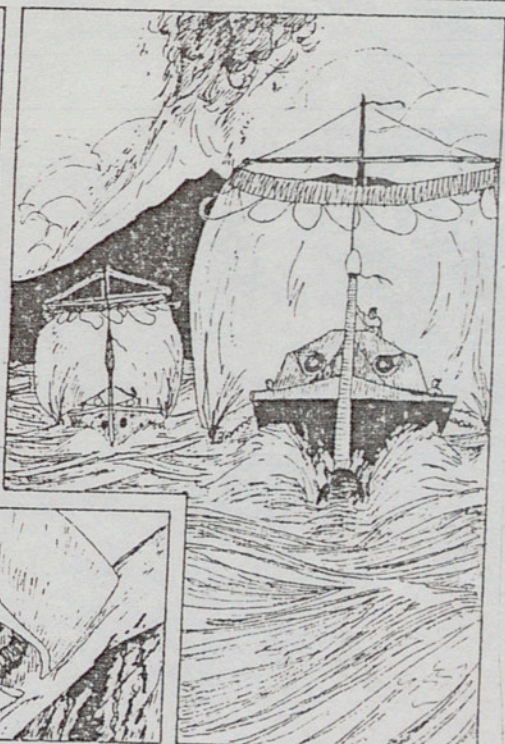
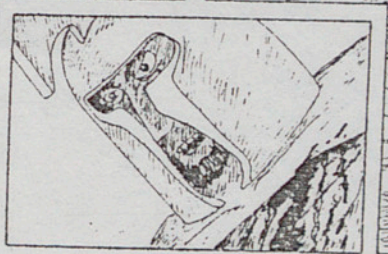
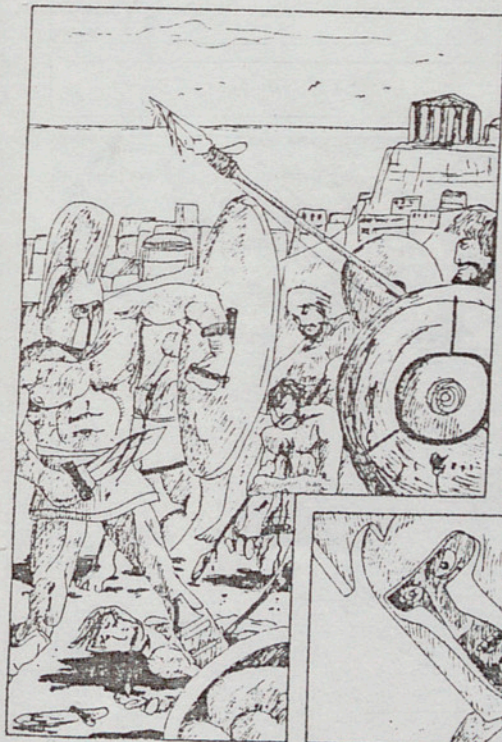
SÓLO EL RECUERDO DE QUE TODA AQUELLA DESTRUCCIÓN
VINO DE MI MANO ME INQUIETA... MI INFAUSTO DESTINO ME
LLEVO A ROBAR EL PALACIO, QUE HACÍA IMPULSABLE A
TRONIA, JUNTO CON DÍONEDOS, INSIGRE GUERRERO... Y LUEGO
LA IDEA DEL CABALLO DE MADERA, QUE FAMA ES YA QUE ES
FUE LO QUE PERDIÓ A LOS TROYANOS..."



DICHOSOS PARTIAMOS HACIA LA PATRIA TIERRA, HUIAMOS DE LA NEGRA GUERRA, CADA CUAL CON SU PARTE DEL BOTÍN. YO NO VEÍA LA HORA DE LLEGAR A ITACA, DONDE ESTABA MI CASA, MI FAMILIA Y MI HACIENDA. ¡QUÉ ILUSO FUI!...



... PORQUE ALGÚN NÚMEN HAQUIMABA NUESTRA DESGRACIA: NOS DESVIAMOS DE NUESTRO CAMINO HASTA LLEGAR A LA TIERRA DE LOS BELICOSOS CÍCOPLOS. ¡HASTA LOS MÁS LUJOSOS SON ADIESTRADOS EN EL EJERCICIO DE LAS ARMAS!



MATAMOS A TODOS LOS HABITANTES MENOS AL SACERDOTE DE APOLLO QUE, AGRADECIDO, ME DIÓ DOCE O-DRES DE VINO DE AMBROSÍA, EL MEJOR DE LA TIERRA Y AÚN DEL OLIMPO. ME DIJO QUE TENTAMOS QUE NAVEGAR HACIA EL SUR OESTE, PUES EN PUERLOS Y CIUDADES PARA REGRESAR A ÍTACA...

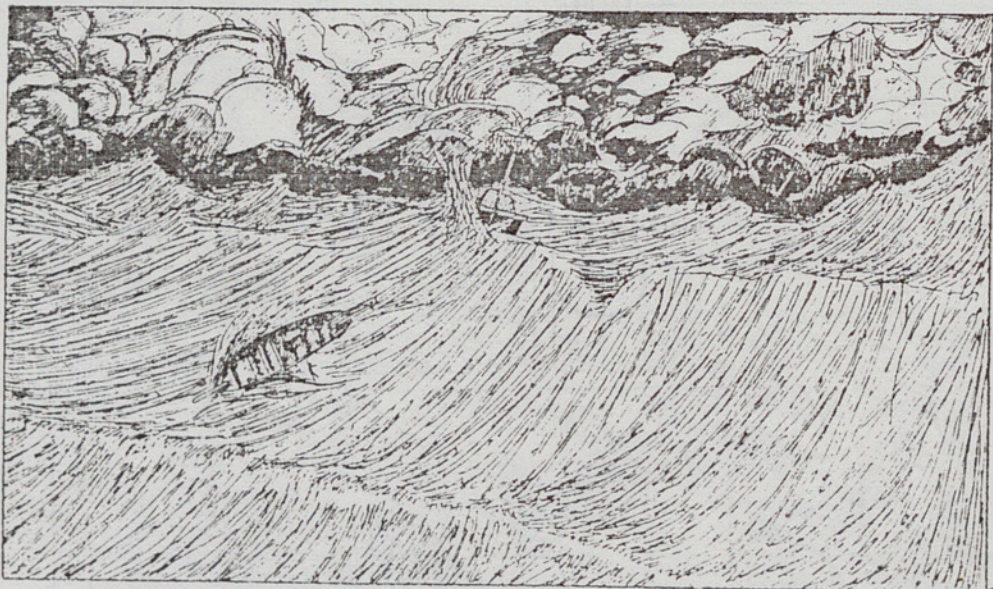
¡PERO NO ERA ESU LO DISPUESTO POR LOS DOS CRÓNIDA, ZEUS Y POSIDÓN, DUEÑOS DEL OLIMPO!



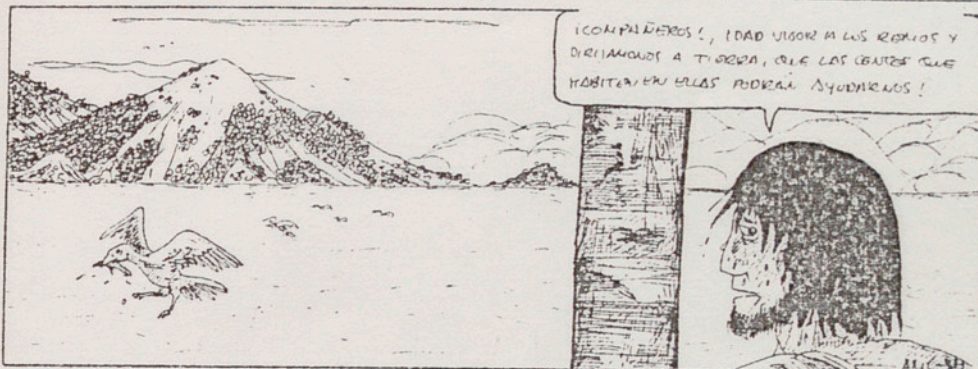
ELLS NO ESTA CON NOSOTROS, AMIGO EURÍLOCO. TENDREMOS PROBLEMAS, ASI QUE AVISA A RESTA DE LA TRIPULACIÓN: QUE BAJEN LA VELA Y GUARDEN LOS REMOS Y EL MASTIL BIEN SEGUROS...



¡LA TORMENTA ESTALLÓ SOBRE NOSOTROS Y NOS VOLVIÓ A DESVIAR DE LA RUTA!

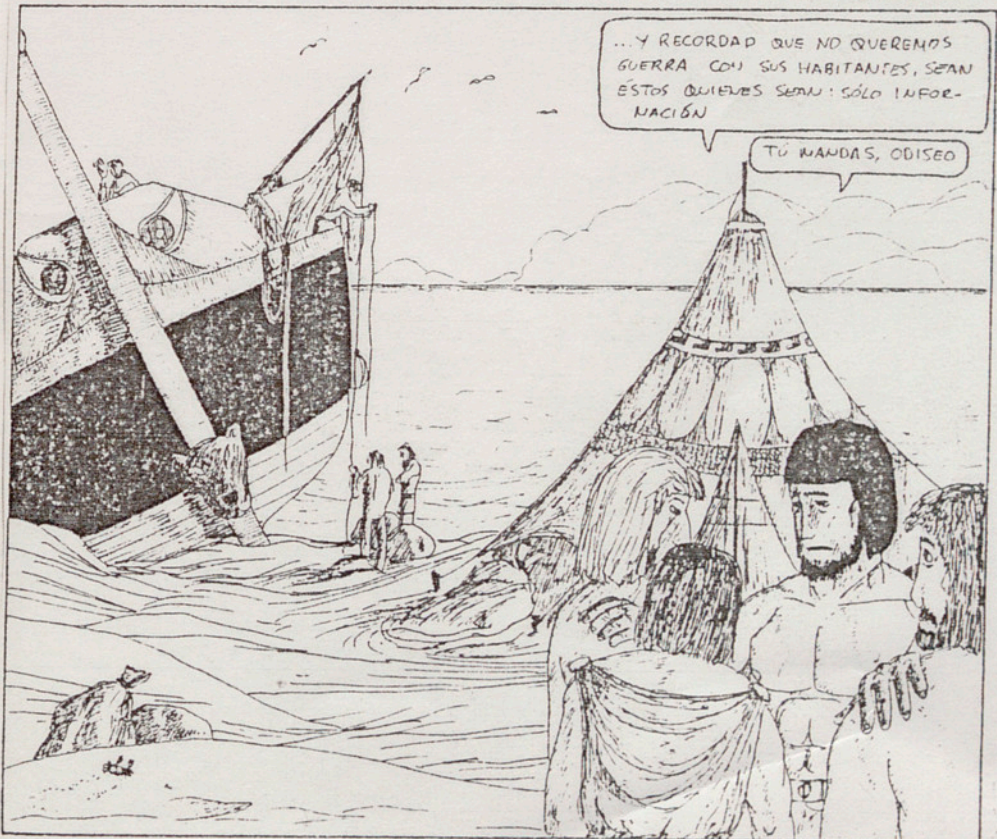


LA TORMENTA DURÓ POCO, PERO FUE SUFICIENTE PARA HACER QUE NOS PERDIÉRAMOS...
... POR SI FUERA POCO, LA NAVE QUE IBA CON NOSOTROS, TAMBIÉN HABÍA DESAPARECIDO, SE-
PARADA POR LAS OLAS DEL TEMPORAL. TODO NO NOS PARECÍA MAL: HABÍA TIERRA CERCA...



¡COMPÁÑEROS!, IDAD VIGIL A LOS REDIOS Y
DIRIJÁMONOS A TIERRA, QUE LOS CAIBES QUE
HABITAN EN ELLOS PODRÁN AYUDARNOS!

ESPERANZADO, ENVIÉ A TRES DE LOS MEJORES DE LA NAUT A INVESTIGAR...



...Y RECORDAD QUE NO QUEREMOS
GUERRA CON SUS HABITANTES, SEAN
ÉSTOS QUIENES SEAN: SÓLO INFOR-
MACIÓN

TU MANDA, ODISEO

¡GRANDES SON LOS MALES QUE LU DIOS SABE FORJAR CONTRA LOS HOMBRES!; ALLÍ ESTARÁN MIS
COMPADEROS, CENIZAS, LOTO, LA FIEBRE DEL OLVIDO. ASÍ LOS ENCONTRÉ DOCE DÍAS MÁS TARDE...
¡DESCUICHADOS!, ¡HABÍAN OLVIDADO EL REGRESO A ÍTACA!...

¡DIOSAS, ODISEO! SON
LOTO FAGOS!



¡ZEUS ES PODEROSO!



¡QUE NADIE COMA LOTO!
¡TOTALMENTE PROHIBIDO!



¡Y TENED MUCHO CUI-
DADO CON ESTA GENTE!

HABRÁ QUE TRAERLOS
A RASTRAS, ODISEO...

ESO ME TENO



¿ÍTACA, QUÉ ES ÍTACA?

¡NO TE PREOCUPAS,
AL TÍLCOO...

VII



¡ESPERAD!
¡NO OS VAYAIS!
¡COMED LOTO!
¡SERÉIS FELICES!

SENTÍ DESEOS DE ACABAR CON TODA AQUELLA GENTE,
PERO, ZEUS YA LOS HA CASTIGADO CON EL OLVIDO...

¿PORQUÉ GRITAS?

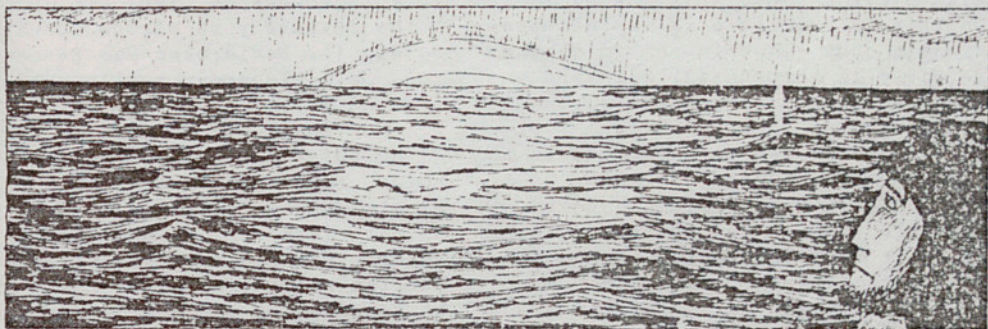
N... NO ME ACUERDO



¡VOLVED, POR FAVOR!



TAN PRONTO EDS, DE ROSÁCEOS DEDOS, APUNTABA CON SU LUZ POR EL ESTE, QUÍAS VIGOR A LOS REMOS Y SALIMOS DE AQUELLA LEFASTA TIERRA...



ME IMAGINABA QUE YA HABRÍA SIDO SUFICIENTE, QUE LOS DIOSSES YA TENDRÍAN BASTANTE CON LO QUE HABÍAMOS PASADO ... ESTE PENSAMIENTO PARECIÓ CONFIRMARSE CUANDO LLEGAMOS A LA ISLA DE LAS CABRAS, DONDE NOS RESALARON CON ABUNDANTES PROVISIONES...
... CON EL PONTE REVUELTO, LLEGAMOS A UNA TIERRA EXTRAÑA. ¡LO PERO SIN NO HABRÍA FIZENDO!

ANIC-84

ODISEO, ¿CREES QUE DEBEMOS DE TERNEROS?... TENEMOS ABUNDANTES PROVISIONES.

¡COMPAÑEROS!, NADA SABEMOS DE ESTAS TIERRAS NI DE LOS HOMBRES QUE LAS HABITAN. PEUS PROTEGE A LOS VIAJEROS Y LET DA LA HOSPITALIDAD DE SUS HUESPEDES: QUIZÁ PUEDAN AYUDAROS.

TE SESURENOS, ODISEO. ERES SIEMPRE PRUDENTE.



YO NO LO SABÍA: ERA LA TIERRA DE LOS CÍCLOPES, HIJOS DE POSIDÓN!...

CONTINUA EN 24

(VIENE DE ANTES)

brearse al caminar fue seguida por alguna mirada solitaria. Me di rápidamente la vuelta; ella me reconocía sin duda y quería ser yo el que le diese la sorpresita. Sólo era un capricho. Se sentó dos sillas más a la derecha de donde yo estaba y pidió algo de beber al camarero. Yo la miraba de reojo mientras ella no miraba más que a su bebida. Sacó un cigarrillo y pensé que era el momento de salir a escena. Antes de que un tipo con pinta de conquistador encontrara su mechero le ofrecí fuego. El tipo me miró con ojos sucios, como si mirase a una lagartija. No me importó.

Laura aspiró el humo y luego me miró. Sus ojos se agrandaron cuando se clavaron en los míos y rápidamente se giró, dirigiendo de nuevo su mirada a la bebida.

-¿Qué tal sigue todo? -le pregunté-

-Me dijeron que habías muerto

Su voz expresaba sentimientos difíciles de descifrar. Tal vez por eso sus canciones llegaban a los corazones enamorados.

- Tal vez sea verdad. Tal vez yo esté muerto. Quizas soy un fantasma.

-Veo que no has cambiado nada. Sigues siendo el mismo de siempre; fanfarrón, superior a todos los demás, con ese orgullo intocable que siempre te acompaña. -Sus ojos grises se clavaron en los míos, marrones como el estiercol. Sus pupilas brillaban. Por favor, ahora déjame.

-Laura... he venido para llevarte conmigo.

(¿Dije yo eso?). Sus labios se entreabrieron. Me di cuenta de que su corazón aún latía por mí. Me di cuenta que el mío comenzaba a funcionar de nuevo.

No me gustaba lo que estaba diciendo, sonaba demasiado romántico. Yo siempre me había burlado de los tontos que se enamoraban. Recordé que había venido a otra cosa; no sería una mujer, ni siquiera Laura, la que me hiciera cambiar de idea.

-Pero primero tengo un importante

asunto que resolver con alguien que tu y yo conocemos bien.

Me levanté y su mirada, asustada me siguió. Debió oler mis pensamientos. Salí al jardín y ella salió tras de mí.

-Por favor, Victor, no lo hagas.

No quise clavar mis ojos en los suyos, era una de sus mejores armas. Mi mirada la atravesó como si ella no estuviera. Entonces me besó. Aquello me hizo reaccionar; la cogí fuertemente entre mis brazos y probé de nuevo el dulce sabor de sus labios. Baura sabía besar. Pero claro, aquello no podía durar mucho tiempo, la vida era así de cruel.

Mario "el guapo" apareció en escena acompañado por dos monstruos gigantes. Una maligna sonrisa brillaba en sus labios.

-¡Qué romántico! -sus palabras sonaban lentas, pausadas, románticas, casi enternecedoras-. Es una lástima que una situación así tenga que quebrarse, verdad?.

Los matones que lo acompañaban sonrieron, y su sonrisa fue tan cálida como la de un ladrillo. "El guapo" siguió hablando:

-Parece que no tuviste suficiente con el primer aviso y quieres más mermelada. Bien, estaré encantado de satisfacer tus deseos.

Le sonreí. Laura debió pensar que estaba loco. Me había pisoteado una vez, no iba a dejar que lo hiciera de nuevo.

Hablé:

-¿De veras?. Creo que has visto demasiadas películas.

Ahora fue él el que sonrió. Sacó una automática de cachas nacaradas y me apuntó. Su voz seguía siendo suave.

-Esto no es ninguna película, idiota. Mis hombres no son tan tontos como piensas. Te hemos preparado un viaje submarino. Ellos serán tus guías turísticos.

Laura quiso decirle algo a "el guapo" pero fue brutalmente apartada por uno de aquellos poderosos brazos que acompañaban a Mario. Tam

poco necesitaba que ella suplicase por mi vida. Ello haría feliz a Mario. Sus ojos se clavaron en los míos con una expresión de horror.

Mario "el guapo" se la llevó dentro, dejándome a mí con la agradable compañía de aquellos dos gorilas. Mis labios se enfriaron.

El lago artificial era lo suficiente profundo para que un cuerpo lastrado no volviera a salir a la superficie. Sinceramente podía ser un bonito y romántico bañad. Naturalmente, aquellos dos tipos, un tal Santi y un tal Joan, ignoraban que apretán dome el ombligo estaba la culata de mi revólver. Esa era la única carta que guardaba escondida en la manga. Pero una carta muy valiosa.

Llegamos hasta una barca de madera y me obligaron a subir a ella. Una cuerda y un bidón descansaban en el fondo de la cubierta. Cinco kilos, el suficiente peso para llevar al fondo a un tipo como yo, pensé. Santi se puso a los remos mientras el tal Joan me sonreía cínicamente. Un brillo de sadismo salvaje se reflejaba en sus ojos.

Pensé en voz alta:

-Bonito par de gorilas me han tocado.

Joan se levantó. Lo vi gigantesco, monstruoso.

-Un tipo duro, eh?. Así que un maldito bastardo como tu ha conseguido a la zorra esa. Y te crees un hombre?

Su gigantesco zapato me pisó el pie derecho con toda su fuerza, apretando el talón y girándolo encima de mis huesos. Noté como la piel se desgarraba y los huesos parecían quebrarse. Mis manos se crisparon y un dolor profundo invadió mi cerebro. Me sonrió mientras yo lo miraba con odio. Pero todavía no estaba contento. Comenzó a abofetearme la cara. Sus manos eran verdaderas planchas metálicas, su sonrisa, una máscara de acero. Me cogió por las solapas de mi americana y me izó en el aire como si yo fuera un repugnante mosquito. Su saliva llegó a mi rostro

cuando me gritó:

-¿Sabes lo que te va a pasar ahora, hijo de perra, lo sabes?

Me dejó caer sobre las maderas y me propinó un puñetazo en la mandíbula. Me cansé del espectáculo, no pude aguantar más. El juego no me gustaba, no podía quedarme con los brazos parados. Mi pie surcó el aire hasta alcanzar con una fuerza increíble su bajo estómago. Noté como mi zapato se hundía hasta casi atravesarlo. Un sordo sonido fue apagado por un grito de dolor mientras se doblaba como un plástico quemado. El otro matón, Santi, se levantó para acabar conmigo de un par de soplidos. Mi revólver brilló con la luz de la luna y el fognazo iluminó las tranquilas aguas del lago. Volví a disparar y Santi cayó al agua. No había duda de que estaba muerto.

Joan me miró con ojos suplicantes, llorosos. Le había dado una buena patada y en un buen sitio. El dolor lo debía estar quemando por dentro. Pero tuvo suficientes fuerzas para sacar su pistola y dispararme. Desde la posición en la que estaba y con el dolor rasgándole el cerebro su puntería no fue muy buena. Su disparo rozó mi costado izquierdo. Noté como si pusieran sobre mi piel un hierro candente y aullé. Mis ojos se inyectaron en sangre. Mi revólver rugió y su muñeca recibió el impacto, enviando su pistola al agua. Ciego de ira le golpeé en la cabeza con la culata de mi arma y lo hice visitar por unos instantes a los marcianos. Me había rozado y seguía notando ese dolor persistente, enloquecedor. Até la cuerda al bidón y a su pierna y lo coloqué al borde de la barca. Luego empujé su cuerpo y cayó al agua. Ese era el feliz final que habían reservado para mí, pero la situación había cambiado ligeramente. El agua fría del lago lo hizo volver en sí y luchó fuertemente con sus dos brazos por salir a la superficie. El bidón había apostado por llevarlo al fondo y sólo los esfuerzos de sus

brazos le permitían seguir dando bocanadas al aire purificador. Me miró, sus ojos suplicaban perdón. Mi ley no le concedió esa gracia. Yo no era su padre.

-¿Sabes lo que te va a pasar ahora, hijo de perra, lo sabes?

Disparé sobre su hombro derecho y su brazo quedó paralizado. Se hundió por unos instantes y volvió a surgir a la superficie su cabeza sudorosa. Eran ahora sus esfuerzos más cansados, sabía que iba a morir. Los frenéticos movimientos de su cuerpo y brazo le permitían todavía respirar, su boca surgía a la superficie y con un sonido gutural lograba agarrar ese aire que le mantenía con vida. Disparé contra su hombro derecho y se hundió definitivamente. Veinte segundos después las aguas se vieron visitadas por burbujas de aire. Aquel matón llamado Joan se hundió para siempre.

La herida seguía quemando. Pero yo todavía estaba vivo, aún no me había convertido en manjar para gusanos.

Remé hasta la orilla y salí de la barca. No había nadie a la vista, toda aquella escena había pasado inadvertida. Ni tan siquiera desde dentro de la sala, si yo hubiera muerto, nadie me habría visto nunca aquella noche. Mario lo había calculado bien. Sabía cual era el momento ideal.

Caminé por el césped, tras las palmeras, y me metí en el parking. Abrí la puerta de mi coche y me introduje en él. Lo encontré confortable y acogedor. Saqué la botella de ginebra de la guantera y con ella me limpié la herida. El dolor me hizo maldecirme varias, unas lágrimas lograron escapar de mis ojos. Me recosté sobre el asiento y respiré profundamente. Ya no sangraba, no era nada grave. Simplemente como si una sucia rata peluda de afilados dientes me estuviera royendo esparte del costado y yo no tuviera otra manera de vengarme que hacer cruci-

gramas. Dolía.

Encendí un cigarrillo y decidí esperar allí a Mario "el guapo". Mis pensamientos fueron de un lado a otro, visiones fugaces de lugares y mujeres que casi no recordaba, situaciones placenteras y amargas situaciones. Llegué a recordar incluso la tierna voz de mi madre.

Tuve tiempo de ponerme melancólico.

Sonreí al tipo que entró en el Porsche que había junto a mi coche. Era el individuo con pinta de conquistador que había visto en la barra. Había conseguido una linda pájara.

Dos parejas más entraron en el parking. Los hombres cuarentones y algo calvos. Las mujeres jóvenes. La rubia era bella; la morena, bonita.

Pasaron tres horas y el último de los camareros cogió su coche y salió del parking. Cuatro coches quedaban todavía allí. El lujoso Rolls de Mario, el de los matones que envié a Santiago, un Mercedes y el mío.

La luz eléctrica del techo iluminaba todo el parking. Busqué un lugar donde poder parapetarme y me situé en un rincón lateral, tras unos grandes bidones de acero. Pinturas Gómez.

Mi revólver se encontraba en perfectas condiciones físicas. Me recosté contra la pared y encendí un cigarrillo; el nerviosismo me hacía fumar y fumar. Mi sangre tomó velocidad en mis venas, tenían que salir de un momento a otro. Aquella noche habría un castillo de fuegos artificiales en Bahía Palmeras.

Aparecieron un par de minutos después. Apagué el cigarrillo a medio consumir contra el suelo, dejándolo más arrugado que los pantalones de un pordiosero. La cosa se ponía más negra de lo que pensaba. El Mercedes era del socio de "el guapo". Un tal Fortuna que iba acompañado por dos matones. Eran cuatro contra

mi.

Laura bajaba lenta y silenciosa, sus ojos apuntaban al suelo. Era llevada a remolque del brazo por Mario. Eso me sentó bien. Había alguien que, aunque fuese por poco tiempo, lamentaría mi muerte.

Los pasos de los cinco resonaban como los de todo un ejército. Pensé que sería mejor dejar correr la cosa hasta otro día; si me enfrentaba con ellos, las posibilidades de salir con vida eran pocas. En aquel rincón del parking no tendría escapatoria, una rata atrapada. O morían ellos o moría yo. Sonaba poético. Pero me evitaron ese problema. Uno de los matones me descubrió, me vió y vió el brillo de mi revólver. Y sacando rápidamente su arma gritó a los demás que se escondieran. La escena fue tan rápida como la de una película de cine mudo. En unos segundos Mario había arrastrado a Laura tras su automovil, Fortuna estaba parapetado tras su Mercedes con el segundo de sus gerilas. El primer matón me disparaba cubriendo a los demás. Pero los héroes no son nada prácticos y mientras los cubría no se preocupó de parapetarse. Uno de mis disparos le atravesó el cuello, haciéndolo caer dos metros atrás. El baile había empezado.

Las balas surcaron el aire como mosquitos en picado. El sonido de los disparos era brutalmente amplificado por la caja de resonancia que constituía el parking.

Me dí cuenta de uno de los fallos del revólver. Cargarlo requería un espacio de tiempo. Fui contando mis disparos, mientras veía como mis balas no agujereaban más que sus vehiculos o destrozaban los cristales de éstos. Aunque era bonito aguzar un Rolls y un Mercedes.

De pronto, uno de los matones de Fortuna, el último de ellos, salió corriendo de detrás del Mercedes.

-¡Aprisa, ha acabado su munición! gritó mientras en una rápida carrera se acercaba a mí para descerrajarme los sesos.

Pero no contó bien. La última bala de mi revólver paró en seco su carrera. El estruendo ahogó el eco que produjeron sus palabras. "El guapo" y Fortuna se debieron hacer ilusiones, ya me tenían. Y el matón dejó de estar en el parking. Cayó al suelo boca arriba, con un orificio en el pecho. En su cara se dibujó una mueca de sorpresa y dolor, de muerte. No era una bonita cara para morir.

La lucha parecía igualarse.

Hasta mí llegó el amargo olor de la gasolina, mientras colocaba todas las balas en la cámara. Ni Mario ni Fortuna harían lo mismo que su ex-guardaespaldas. El olor de gasolina me embriagó. Mis balas habían atravesado el depósito del Mercedes tras el que estaba Fortuna y el reguero llegaba hasta mí. Indirectamente estaba favoreciendo a los árabes.

Mario "el guapo" se levantó con el cuerpo de Laura ante él. La estaba utilizando de escudo. Mis ojos centellearon, el odio volvió a surgir en mi mente. Un hombre que se protege tras una mujer es un poco hombre. La cara de Mario estaba coloreada en rojo, sus venas parecían a punto de estallar. Tenía miedo; tal vez vió en mis ojos el fuego de la venganza.

Ahora me tenía en sus manos, no podía disparar sin herir a Laura. Si ella muriese tal vez yo no seguiría siendo el mismo. Pero deseaba acabar con Mario.

-¡Levántate, levántate o la mato! -su voz rozaba el histerismo.

-¡Si la matas a ella morirás tu también!

-¡Levántate y tira el arma, no me obligues a hacerlo!

Si me levantaba y tiraba el arma Fortuna acabaría conmigo de un par de disparos. No era fácil la elección. Todavía tenía escrúpulos y sentimientos; aunque solo fuese una mujer su vida podría ser parte de la mía.

Volví a oler a gasolina. Tras

aquellos bidones de acero, agazapado como un gusano, una bombilla iluminó el interior de mi cabeza. Era una solución desesperada. Decidí jugar con la muerte; tal vez aquel día la vieja dama no me sonriera. El silencio se hizo sepulcral, la mano de Mario temblaba en el aire mientras esperaba mi reacción. Encendí una cerilla con mis manos sudorosas y la lancé al reguero de gasolina. El espacio se hizo amarillo, el calor me hizo cerrar los ojos. El fogonazo dejó a Mario petrificado; Laura pudo haber huido de allí pero estaba tan aterrizada como "el guapo". Un par de segundos más tarde, el Mercedes tras el que estaba Fortuna estalló. La onda expansiva lanzó a Mario y Laura por el suelo. Durante unos segundos mis sentidos quedaron sin vida debido al fogonazo, calor y estruendo de la explosión. Fortuna fue volatilizado en pedacitos por el espacio intergaláctico. El fuego envolvió el Mercedes; eran los últimos momentos sangrientos. Me levanté y el cañón de mi revólver apuntó a Mario. Había rodado por el suelo unos seis metros de donde estaba y se encontraba atontado. Su pistola había desaparecido.

Noté mis mandíbulas fuertemente apretadas. Me dolían los dientes. La sangre y el sudor escocían mi piel. No pude contenerme. Mi dedo dio gusto al gatillo y su pierna izquierda recibió el balazo; un nuevo disparo y la derecha fue alcanzada.

La gasolina ardiendo del depósito del Mercedes se iba extendiendo por toda la superficie del parking, poco a poco como lava hirviendo. Levanté de un brazo a Laura y la metí en el interior de mi coche. El motor rugió potente, quemé neumáticos al arrancar.

Mario "el guapo" me miró desde el suelo con expresión de sapo moribundo, mientras veía como la gasolina se le iba aproximando. La corona azulada del combustible ardiendo lo atraparía. Sus piernas habían sido destrozadas por mi revólver, no podía huir de las llamas. Me dió pena, aún para un tipo como él sería una

muerte demasiado cruenta. Las llamas lo envolverían poco a poco y el dolor de ser quemado vivo lenta y tranquilamente como un pollo era inhumano. Como buen chico me apiadé de él, y de un balazo le atravesé la cabeza. Tal vez me lo agradecería.

Salí del parking a toda prisa. Atravesé un charco ardiente y me despedí de todos los cadáveres.

Laura parecía sonámbula. Tal vez aquellas impresiones afectaron su estado nervioso y emocional. Muchas emociones en tan poco tiempo. Sus ojos apuntaban a la oscuridad del cielo, sus nervios estaban tensos, ni un sonido salía de su garganta. Pero como ella no era Blancanieves, besarla no hubiera servido de mucho.

Los grillos cantaban alegremente una sevillana, ajenos a todo lo ocurrido.

La carretera estaba oscura, ningún coche la surcaba, lo que me permitía circular por ella constantemente con luces largas y a gran velocidad. Aunque sólo treinta kilómetros nos separaban de Barcelona, el camino de vuelta podía hacerse inacabable. Los viajes de vuelta siempre son largos.

Poco a poco, Laura iba recuperando el sentido, sus ojos ya volvían a pestañear. Tal vez mi venganza pudo causarle bastante daño, pero todo pasaría. Bahía Palmeras seguiría funcionando y ella seguiría siendo la gran estrella. Prefería que fuera así.

Y en cuanto a todas aquellas muertes nadie sabría nunca el porqué. Aquella noche yo no había ido a Bahía Palmeras. A más, Mario "el guapo" estaba metido en bastantes juegos sucios; droga y trata, y en esos asuntos hay bastante competencia. Tal vez una banda rival, un ajuste entre dos peces gordos.

Laura estaba unida sentimentalmente a mí, su corazón latía junto al mío. Nuestras vidas seguirían siendo las mismas de antes pero a partir de entonces lucharíamos jun-

tos.

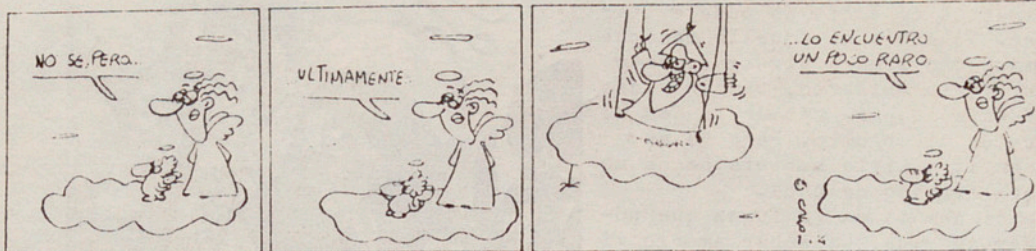
Mientras conducía no pude evitar pensar. No sabía si aquella masacre habría hecho bien a alguien; tanto sudor, tanto esfuerzo, tantas vidas perdidas sólo para saciar la sed de sangre de mi orgullo. Pero no me arrepentí; y si lo hubiera hecho no hubiera servido de nada.

Me di cuenta de lo fugaz que podía ser la vida. Un sabor amargo vino a mi boca. Siempre había pinos elevados, surcando el cielo de la gran ciudad. Siempre había alguien para morir o al que matar. Siempre hay un pino esperando tu momento final.

Mis ojos se dirigieron a Laura. Volvía a ser ella. Me sonreía desde su asiento, sus labios me atraían, su mirada me incitaba. Tal vez fuera yo su héroe de cartón. El mío era el pato Donald.

Paré en la cuneta y la besé; ya no me sentía tan solo.





SE LEVANTA EL TELÓN: HAY UN LEÓN, UN NABO EN EL SUELO Y, CERCA DEL FONDO, MÁS LEJOS, UNA BOINA. ¿CÓMO SE LLAMA LA PELÍCULA?

SOLUCIÓN: ¡NABOLEÓN BOWAPARTE: NINOTLOS
(NAC, NAC, DAC)



¡ARF, ARF, ARF!
¡ARF, GRONF, ÑAF!

